

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15  
CTS

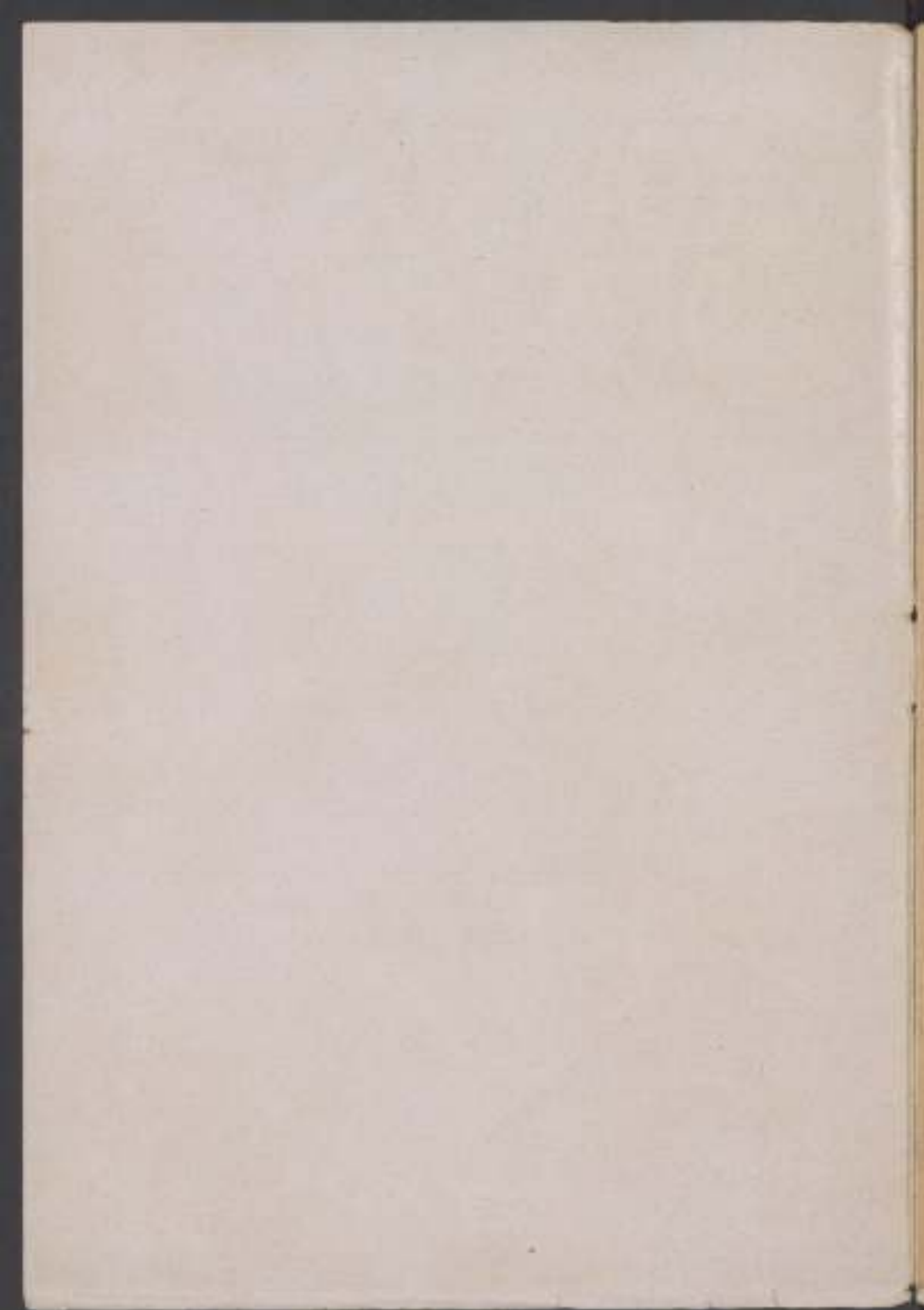
# COWBOYS Y DETECTIVES

N.<sup>o</sup>  
9

El cofre misterioso

por el detective  
Chan





# Cowboys y Detectives

Publicación mensual de novelas completas

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — Teléfono 18141

BARCELONA

Número 9

15 centimos

## El cofre misterioso

Novela de aventuras interpretada por el detective Chan (Warner Oland)  
y otros notables artistas

Es un film FOX  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
Hispano Fomilas, S. A. E.  
Valencia 188. — BARCELONA

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

John Quincy había embarcado en un transatlántico con destino a Honolulu, donde debía ir a recoger a su tía Minerva, que había ido a pasar temporada con su hermano Daniel.

Era John un muchacho de muy buenas prendas, trabajador y honrado.

Su tío Daniel le había encargado por carta una misión algo misteriosa. Que recogiera un cofre de regular tamaño que se encontraba en el desván de su casa de Hawai y que lo echara al mar.

Nada más decía la misteriosa misiva de Daniel, hombre de vida alegre que contrastaba con la severidad del resto de la familia.

John se dispuso a cumplimentar aquella orden y cierta noche salió a cubierta con el cofre en cuestión, pequeño haúl herméticamente cerrado, y se dispuso a echarlo al mar.

Pero en el momento en que iba a hacerlo, apareció como surgido de la obscuridad un hombre, quien, dando un empujón violentísimo a John, le derribó al suelo y consiguió arrebatarse el haúl.

Huyó luego prestamente y aunque John intentó seguirle, se le escabulló en las sombras.

La pérdida del cofre molestó extraordinariamente a John. Él ignoraba los motivos que había tenido tío Daniel para obligarle

a que el cofre desapareciera. Pero el robo del pequeño baúl le dió a comprender la importancia extraordinaria del cofre.

Sin embargo, temeroso de que el asunto del cofre no fuera cosa muy clara, no denunció a nadie la pérdida, limitándose a observar y a vivir alerta por si podía recoger algún hilo del misterio.

Otra noche al entrar en el salón se vió sorprendido con la presencia de su prima Mary, la hija de tío Daniel, que viajaba en el mismo buque sin él saberlo.

Demostró ella profunda alegría al verle y le presentó a Harry Jennison, su novio y también abogado y administrador de Daniel.

John bailó con su prima, comentando el casual encuentro, pero no aludió para nada al asunto que le preocupaba.

Un caballero de alguna edad comentó con un amigo suyo, mientras Mary y John bailaban:

—¿Conoce a ese muchacho?

—No, señor Peter.

—Es John, el sobrino de Daniel...

Y en tanto el barco se acercaba velozmente a Honolulu, allí en su magnífica casa, Daniel, rico propietario de la isla, departía con su hermana Minerva que censuraba con cierta rudeza la existencia que creía escandalosa del hermano.

—Parece mentira que lleves una vida así. Bien distinto eres de toda la familia... Tu hermano Amós es diferente. Buen ejemplo da a tu hija...

—Está fuera... Cuando vuelva será otra cosa.

Tuvieron que interrumpir la conversación por la llegada de un cable que puso a Daniel de malísimo humor. El despacho decía:

*No admito renovación letras. De no pagar mañana, entregaré asunto al juez.*

Muy disgustado salió Daniel de la casa para efectuar determinada visita. Al subir al automóvil, se le acercó un hombre en actitud desdefiosa.

—¿Tan cambiado estoy que no me conoce usted, Daniel?

—De veras que no... ¿Quién es usted?

—¡Mala memoria la suya!... ¿Es que ya no se acuerda de Egan, su antiguo socio?

—¿Egan?... ¡Es verdad!... ¡Cómo nos cambia el tiempo!... Pues no, no le hubiera conocido.

—Debe saber una cosa: que Tommy Braile está aquí.



—¿Y qué?—contestó con aire insolente.

—Pues... que si no me da usted dinero, voy a confesárselo todo a Tommy Beale.

—Es usted un mal hombre... Apártese de mi camino; no le quiero ver más por aquí.

—Mañana por la noche iré a verle, Daniel... Quizás cambie entonces de parecer.

Malhumorado, Daniel se fué a casa de Tina, una aventurera, que simulaba hallarse muy enamorada de él, cuando en realidad lo que quería era quitarle el dinero y vivir espléndidamente a su costa.

Tina se hallaba en aquel momento bailando con su amigo James, tipo de cuidado con el que compartía el dinero quitado ingenuamente a Daniel.

Ella le reconoció en el modo de llamar.

—Escóndete, James. Es Daniel.

Se ocultó y a los pocos momentos entró Daniel, quien dijo a su amiga:

—Tengo que suplicarte un favor, Tina.

—Tú dirás.

—Debes devolverme el broche que te compré... Me encuentro apurado de dinero y si mañana no pago un giro, pueden embargarme.

—Ya lo oyes... Pero... hasta mañana no te lo podré dar.

—¿Por qué?

—Lo tengo en la joyería, rompióse el cierre y...

—¿Me prometes devolvérmelo?

—Sí.

—Tan pronto paseen mis dificultades económicas, te haré un regalo mejor.

—Me lo merezco, Daniel. ¿Te quiero tanto!

Cuando Daniel abandonó la casa, James salió de su escondite y censuró duramente a su amiga.

—¿Y ahora le vas a devolver el broche! ¡Bonita negocio hacíamos con ese hombre! Lo mejor será que no le vuelvas a ver.

—Ten paciencia, James... Es un apuro económico... luego me volverá a regalar joyas.

—Cuando tengamos muchas nos iremos.

James se tranquilizó y volvió a poner en el fonógrafo una alegre pieza que había tenido que interrumpir antes.

\* \* \*

A la noche siguiente, tía Minerva estuvo en un concierto que

se celebraba en una casa particular de la ciudad y al regresar a su hogar tuvo una desagradable sorpresa. Vió en el vestibulo, oscuro a la sazón, brillar un reloj de pulsera de esfera luminosa que marcaba las dos y cuarto.

Dió un grito y el reloj inmediatamente desapareció.

—¡Oh, un hombre, un hombre!

Momentos después se presentaba un criado natural del país.

—Aquí había alguien. T sien —le dijo—. He visto un reloj iluminado.

—No sé a quién puede referirse, señora... Nada vi...

—Hay que avisar a Daniel... ¡Daniel!... ¡Ah!, ¿dónde está el señorito Daniel?

—Debe estar durmiendo, señora.

Corrió Minerva hacia la habitación de su hermano y un espectáculo de horror se presentó ante sus ojos.

Daniel estaba tendido en el suelo, como muerto y la camisa empapada en sangre.

Lanzó un grito, acudieron los criados y entre un asombro y un temor inmenso, telefopearon a la policía.

El jefe de policía, antes de ir a la casa del crimen, telefoneó a su vez al detective chino Charlie Chan, hombre de profundos conocimientos que había obtenido éxitos brillantísimos en su carrera.

El detective estaba durmiendo y tardó largo tiempo en despertar. Despertaron su esposa y sus diez hijos primero que él.

Cuando se enteró de lo que había ocurrido, prometió ir inmediatamente al lugar del suceso.

Poco después llegaban el jefe de policía y un médico a la casa de Daniel, y el doctor examinaba el cadáver.

—Un puñal le partió el corazón—indicó—. Además tiene un brazo roto.

—¿Roto?

—Sí, seguramente por una de las llaves del "boxeo japonés".

El jefe interrogó a Minerva y a la servidumbre, sin sacar nada en claro de lo sucedido. Todo el mundo coincidía en que el señor Daniel se había retirado aquel día temprano y había recibido la visita de una señora y de dos caballeros.

—¿Pero quiénes eran? ¿Vinieron juntos?

—Separados. Los recibió el mismo señorito... No sé su nombre.

—¡Ah, bien!... ¡Bien!...

Poco después llegó Chan, que se había entretenido por el

jardín, descubriendo en el suelo un cigarrillo corso que se guardó cuidadosamente en una cajita.

El jefe presentó al detective.

—El detective Chan que se encargará de averiguar el crimen.

—¿Un detective chino?—indicó doña Minerva con desagrado.

—Señora, el barril no tiene nada que ver con el vino—sentenció Chan.

—No me interesa eso... Llamaré a detectives expertos de Norteamérica.

—No es necesario. Chan descubrirá a los autores—advirtió el jefe de policía.

No tardó en presentarse Amós, el hermano de Daniel, quien manifestó su pesar en estos términos:

—Así debía terminar Daniel. Yendo con compañías deshonrosas, no podía acabar más que de esa manera.

Minerva intentó defender al hermano muerto, pero Amós insistió en su criterio.

Interrogó el detective Chan a la servidumbre y también a Minerva, que contestó a la viva fuerza.

Se enteró por ella de que Daniel tenía ciertas amistades con Tina, una mujer de conducta dudosa.

—La interrogaremos luego. Tal vez por aquí podamos descomarinar la madeja.

—Ahora caigo... ¿No tendrá algo que ver Eagan con todo eso?—dijo la dama.

—¿Quién es ese Eagan?

—El dueño del hotel Universal... Daniel me dijo que había estado disutiendo con él... ¿No habrá sido él el culpable?

—Tampoco podemos rechazar del todo esa suposición... De una serie de deducciones encontraremos la solución lógica.

De pronto oyeron unos gritos y corrieron hacia el lugar de donde partían.

Vieron a dos criados que disputaban y que pretendían apoderarse de un objeto.

Chan se lo quitó y descubrió que se trataba de un magnífico broche de brillantes.

—¿De dónde habéis sacado eso?

—Lo hemos encontrado sobre aquella mesa... en el suelo, señor.

—¡Oh, ese broche!—dijo Minerva—. Recuerda que Daniel me habló de que le había regalado un broche a una mujer.

—¿Estuvo anoche aquí una señora joven, guapa? —preguntó Chan.

—Sí, en efecto, señor Chan... Y casi aseguraría—comentó uno de los criados—que la señora llevaba puesto el broche.

—¿Quién vino después de ella?

—No vi a nadie más... Yo me retiré a descansar...

—Entonces, no hay duda de que esa mujer tiene algo que ver con el crimen—indicó Minerva—. Proceda usted a su detención, señor Chan.

—Primero la interrogaré... No siempre se encuentra al culpable donde se cree.

Y Chan abandonó aquella casa dejando en completo desconcierto a Minerva que no creía que aquel hombre pudiera descubrir el misterio.

Horas después llegaban a Honolulu Mary, su novio Harry Jenkins y John Quincy.

Habían llegado la noche última, pero a causa de las revisiones de aduanas, tuvieron que esperar a desembarcar hasta la mañana siguiente.

Cuando Mary se enteró de la trágica muerte de su padre, se vió acometida por verdadera congoja.

En vano Harry intentó consolarla con dulces frases, y también su primo John Quincy le prodigó palabras de ternura.

John se encontraba verdaderamente preocupado. ¿Qué sino fatal les rodeaba? La misteriosa desaparición de aquella caja venía a unirse con el asesinato de su propietario... ¿No habría relación entre los dos hechos?

Era preciso poner el asunto en conocimiento del detective Chan, y se dirigió a visitarlo.

A la sazón el famoso detective chino se encontraba en un restaurante oriental donde había reñido al camarero porque se había de descubrir huellas de dedos en los pasteles que le habían servido.

Pero Chan, aunque demostraba exteriormente un gran mal humor, por dentro estaba contento... Se encontraba ante un caso embrollado, pero que él con su experiencia y su sabiduría acabaría por esclarecer.

En una nueva visita a la casa de Daniel, donde había tenido ocasión de conocer a Mary y al abogado Harry, había descubierto en el suelo, como una planta marina, de esas que se encuentran en el fondo de los puertos... Ese descubrimiento exótico en



la casa le hizo meditar hondamente y acabó por guardar la planta con verdadero interés.

John se presentó a él y sencillamente le confesó la desaparición del cofre.

—¡Ah, ah! Eso es una cosa de alta importancia. Sin duda hay una conexión entre los dos hechos—comentó el detective.... Esa caja... ¿sabe usted lo que contenía?

—La abrí una vez y estaba vacía.

—¿Miró usted si podía contener algún escondite secreto?

—Sí, pero nada vi.

—Ese cofre debería darnos la solución.

—Yo estoy dispuesto a ayudarle en lo que sea, señor Chan.

—Muy agradecido. Venga conmigo ahora. Es preciso que vayamos a interrogar a Egan que creo visitó a Daniel la noche del crimen.

—¡Sí, sí!... Ese Egan me da el corazón de que es algo culpable. Tuvieron un altercado y...

—No acuse antes de tiempo, John.

Y se dirigieron al hotel que regentaba Egan. Este les recibió nervioso, agitado, pues, según dijo, le había impresionado profundamente la noticia de la muerte de Daniel.

—¿Usted sostuvo un altercado con él? ¿Usted fué a visitarle aquella noche?

—Sí, pero juro que no le agredí.

Mas el jefe de policía, que había llegado poco después de Chan, consideró que la responsabilidad de Egan era evidente y dió orden de que se le detuviera, a pesar de que Chan manifestó sus dudas sobre el particular.

Justo ya a llevarse cuando apareció Elena, la bella hija de Egan, quien rompió a llorar amargamente cuando se enteró de que estaban acusando a su padre.

—Eso no es verdad. Papá es incapaz de haber dado muerte a nadie.

Chan registró el hotel y en uno de los cajones encontró un cheque extendido por Daniel Winterslip a favor de Egan la misma noche en que se cometió el crimen.

—¿Qué significa este cheque? ¿Por qué se lo dió? —dijo Chan.

—No lo puedo decir—contestó Egan, secretamente—. Pero la mayor prueba de que yo no le he dado muerte, es ese cheque que me extendió a mi favor, conforme le pedía.

Pero el jefe de policía consideró que aquella circunstancia

era todavía más desfavorable para Eagan y se ratificó en su orden de detención.

Una profunda desesperación se apoderó de Elena cuando se llevaron a su padre. John se sintió de repente enamorado de esa mujercita bella, tan llena de dolor.

Viendo a la hija creyó que el padre no era culpable y así tuvo que decirselo a Chan.

—Primero acúsas y luego te arrepientes—le dijo éste.

—Estoy seguro de que me equivoqué. El mismo episodio del cheque indica que Eagan no es culpable. ¿Por qué había de matar le si mi tío le dió dinero?



*... profunda desesperación se apoderó de Elena...*

—Sin duda... Además está por calibrar... En último extremo hubiera esperado a que se hubiese puesto al cubro, para matarle. Pero el jefe de policía no es de esta opinión y por el momento Eagan tendrá que sufrir los rigores de la cárcel.

Y el detective Chan dejó a John Quincy que consolara a Elena que no podía avenirse a la suposición de que sobre su padre pesase la amenaza de una condena.

Chan se dirigió a visitar a Tina, a la que encontró en compañía de su amigo James.

Ella le recibió llorando, manifestando vivo dolor por la muerte de Daniel.

Al verle mostrado el brache, su negó que ella se lo había entregado.

—Pero yo le prometo que cuando me marché de su casa, Daniel estaba bien. Yo no le maté... Me salía mucho más a cuenta tenerle vivo que muerto. ¿No comprende? Vivo me hacía regalos, me amparaba. Muerto ¿qué puedo sacar ya de él?

—¿Por qué fué usted a su casa?

—A devolverle el brache. El me dijo que tenía dificultades económicas y tuve que devolvérselo.

Chan no podía proceder a la detención de aquella mujer, aun-



—¿Por qué fué usted a su casa?

que le pareciera algo sospechosa su situación. Y el crimen continuaba en el mayor de los misterios.

En tanto, el hotel de Eagan estaba dirigido por Elena, la hija de aquel que atendía a los escasos huéspedes que habitaban en la casa.

Aquella tarde acababa de marcharse el señor Brule, que había unos días ocupaba una habitación en el mismo hotel.

Había dicho Brule que volvería más tarde.

Elena estaba muy atareada en sus faenas cuando se presentó ante ella un indígea que llevaba un paquete bastante voluminoso.

—¿Está el señor Brule?—dijo con gesto un poco asustado.

—No... Ha salido.

—Le traía esto.

—¿Quiere dejármelo a mí?

—No. Gracias. Volveré más tarde.

Y al vez al detective Chan que asomaba junto a la puerta, salió corriendo.

Chan manifestó a Elena y a John, que había llegado momentos después, sus sospechas de que aquella caja fuera la del cofre.

Quiso el detective investigar por la habitación de Brule y, en tanto, los dos jóvenes salieron a dar una vuelta.

Pero apenas llevaban unos minutos paseando cuando vieron correr junto a ellos a un indigena que llevaba un paquete por cuya forma y volumen sospechó John si se trataría del cofre robado.

Al verles, el hombre echó a correr, lo que acentuó las sospechas de John que avanzó tras él, y después de sostener una verdadera batalla, consiguió quitarle la caja.

Huyó el oriental no sin antes disparar contra John dos tiros que por fortuna no hicieron blanco.

Al ruido de los disparos apareció Chan, a quien el joven entregó el cofre que había dejado al descubierto, reconociendo en él el mismo que le robaron.

—¡Magnífico!—exclamó el policía—. Tenemos ya una de las causas del enigma. Vamos a examinarla.

Chan, cuya investigación por el cuarto de Brule había sido de poca importancia, no encontrando nada más que unos cigarrillos cortos, iguales a otros hallados en poder de Eagan y en el jardín de la casa de Daniel, creyó que pronto lo descubriría todo.

Abrieron el arca, encontrándola vacía... Sin embargo, Chan no desconfió de hallar con calma algo que justificase todo el misterio que alrededor de ella giraba.

John y Elena volvieron a salir. Estaban enamorados y eran ya casi novios. Tan pronto Eagan fuese puesto en libertad, formalizarían las cosas. Ahora era preciso esperar.

Pero poco después vieron a un hombre que huía, y John, escamado y temiendo en todas partes encontrarse con enemigos, corrió hacia él, consiguiendo detenerle.

Era un indigena que tenía entre las manos un coco y miraba con aire de estupidez.

—¿Por qué huías?

El indigena tenía los ojos fijos en la cercana maleza, y sospechando algo terrible, John se internó por aquel lugar, encontrando a su tío Amós, muerto de una puñalada. Indudablemente el miserable indigena debía ser el asesino.



Dieron voces, acudió el detective Chan y otros policías, procediendo a la inmediata detención del indígena, que negaba tener nada que ver con el crimen.

La cosa se embrollaba cada vez más. ¡Otra muerte! ¿Quién podía ser el culpable de todo aquello?

\* \* \*

El detective Chan había convocado para aquella noche en casa de los Winterslip a todos los más o menos interesantes, en aquella tragedia. Allí estaban tía Minerva, Mary y su novio Harry, que se lamentaba profundamente del cúmulo de sucesos que venían a entristecer aquel hogar; Tina y su amigo James; John



*Lo difícil era averiguar quién era realmente el responsable.*

Quincy con su novia Elena y el señor Egan, y, finalmente, se encontraban también Brule y el señor Peter. Este último había llegado a Honolulu en el mismo trasatlántico que Mary, su novio y John y venía para reclamar unas deudas.

El detective Chan miró a toda aquella gente sobre la que podía recaer indudablemente una responsabilidad en el crimen. Muchos habían tenido trato con Daniel la noche del suceso. Lo difícil era averiguar quién era realmente el responsable.

Mostró a todos el cofre misterioso que abrió ante los ojos asombrados de los presentes.

El señor Brule, antiguo comerciante de Hawái, que llevaba

una temporada de negocios en Honolulu, hubo de exclamar sorprendido:

—Yo reconozco esta caja. Había pertenecido a mi casa. Vean ustedes las iniciales de mi familia: T. B.

—Lo son en efecto—dijo Chan—. He ahí el cofre misterioso, el cofre que, como ustedes ven, está vacío y que fué arrebatado a John Quincy cuando éste, de orden de su tío Daniel, fué a echarlo al mar... Señores: Han sido muchos los llamados, pero pocos los elegidos... Yo espero aclarar ahora esa cuestión. Señor Brale, precisa que usted me manifieste con toda claridad qué sabe acerca de esta caja.

—Tendré que herir algunas susceptibilidades, pero no tengo más remedio—contestó mirando de reojo a Minerva.

—Hable usted.

—Este cofre ya había pertenecido a mi padre. Yo lo tenía lleno de documentos de valor y joyas, allá en mi casa de Hawái... y un día, Daniel, que era mi socio, se apoderó de él. Con aquel robo quedé arruinado y tuve que volver a comenzar mi vida hasta conseguir de nuevo una fortuna... Yo no tenía pruebas, pero sí la evidencia de que Daniel era el culpable... Un día, no hace muchos meses, después de haber conseguido nuevamente una regular fortuna, escribí a Daniel, exigiéndole que me devolviese el cofre y lo que contenía... No recibí contestación... Me planté aquí y el día que llegué, supe que Daniel había sido muerto... Esto es todo lo que sé.

—Ha confesado usted todo lo que sabe—dijo Chan—y yo me voy a permitir completar el resto... Estoy seguro de que Daniel cuando recibió su carta de usted, señor Brale, quiso hacer desaparecer el cofre, y por eso dió orden a su sobrino de que lo echara al mar. Desaparecida la misteriosa caja, nada podía acusarle ya. En otro caso, de haberla encontrado alguien en su poder, habrían podido exigirle cuentas.

Reinaba un silencio profundo, sólo turbado por la voz del detective oriental.

—Bien. Ya hemos aclarado una cosa—dijo tía Minerva—. ¿Pero por qué quisieron apoderarse del cofre si no había nada?

—A lo mejor había... Veamos.

Tanteó varias veces Chan, hasta que lanzó una exclamación de alegría al ver abrirse un cajoncito secreto y en el que había un magnífico collar de esmeraldas.

—He aquí la causa del robo.

—Las cosas se van aclarando. Pero, ¿y el asesino de mis pobres hermanos?

Chan sonrió con su sonrisa de triunfo.

—El asesino, señores, lo tengo ya... Van a verlo...

Y en medio de una sensación indescriptible, entró en la sala, escoltado por unos policías, un individuo joven.

—Ese es el autor de la muerte de Daniel—dijo sentenciosamente—. Y se llama Mickey.

El aludido bajó la cabeza abrumado y teniendo que soportar la sarta de injurias con que le obsequió Minerva.

—Calma... Fue él el asesino... Y fue él también quien intentó



—El asesino, señores, lo tengo ya...

robar el cofre—dijo Chan—. Se hallaba en el barco... Y la noche en que el vapor llegó al puerto y en que, como saben ustedes, no se permitió la salida a nadie, se echó al mar y vino aquí a matar a Daniel... Sé que vino nadando, porque encontré una planta marina en la habitación donde asesinaron a Daniel.

Las cosas comenzaban a tener lógica y todo el mundo se miraba como si no osara respirar.

Pero de pronto el acusado abrióse paso entre los policías e intentó huir.

—¡Oh, que no se nos escape!—dijo Chan.

—¡Le alcanzaré yo!—gritó el abogado Harry Jennison, el novio de Mary.

Y corriendo hacia él consiguió alcanzarle, le retorció terriblemente el brazo y le arrojó al suelo presa de un infinito dolor.

Todo fué rápido, instantáneo... El detective Chan arrojóse a la vez contra Harry Jennison y entre la estupefacción general pronunció estas palabras:

—¡He aquí al verdadero asesino! ¡Este es el culpable!

Harry, furioso, intentó huir, pero esta vez le retuvieron bien unos guardias.

—Señores—continuó diciendo el detective—. La farsa ha terminado. El hombre que ha entrado momentos antes y que ahora parecía intentar escapar, no es más que un agente secreto de policía. Hemos obrado de esta manera para descubrir al verdadero culpable... ¿Saben cómo? El policía tiene el brazo roto... Harry ha realizado con él uno de los golpes del baxeo japonés, el mismo golpe en que Harry es especialista y con el que derribó a Daniel.

El asombro era inmenso. Mary Hursha desesperada al oír que su novio era el asesino del padre de ella.

Harry, de pronto, cogió un revólver que asomaba por uno de los bolsillos de Chan y, apuntando a todos, dijo:

—¡Manos arriba! ¡No me cogeréis vivo!

Pero Chan se echó a reír.

—La pistola está descargada, amigo mío... Poca gente matará usted con ella.

Se convenció Harry de ello y arrojó lejos de sí el arma, confesándose del todo vencido... Y entonces, instado por el detective Chan, que había descubierto en su brazo el reloj luminoso, acabó por confesar su participación en el delito.

El había sido quien, enterado por un indígena de que se transportaba aquella caja misteriosa, había sospechado que en ella pudiesen ir ocultas algunas joyas, y él mismo había dado orden para que la caja fuese robada en el propio trasatlántico. Más tarde, al convencerse equivocadamente de que no había nada en ella—también ello había creído el propio Daniel—, quiso por mediación de un indígena vendérsela a Brule, cuyas iniciales estaban en el cofre. Pero no había tenido tiempo de efectuar su propósito.

Era Harry el abogado de los Winterslip. Un abogado desleal que había realizado innumerables trapelías en los negocios confiados a él por Daniel.

Comprendiendo que de un momento a otro podían descubrirse todas sus trapisondas, no vió otra solución que la de enamorarse a la hija de Daniel y de esta manera, convertido en el yerno de éste, no tenía nada que temer.



Hizo un viaje con Mary y una vez consiguió que ella le aceptase por novio, telegrafió a Daniel participándole que estaban prometidos. Pero Daniel, que en aquellos días había tenido la certeza plena de la infidelidad de su administrador, le negó por radiograma el permiso.

Harry vióse entonces perdido y aprovechando la noche en que debieron permanecer en el puerto, desembarcó y fué a nado a casa de Daniel, sosteniendo con él tan violentísima discusión que llegaron a las manos y después de romperle el brazo con su golpe favorito le disparó un tiro en el corazón.



*— olvidando en su felicidad las desventuras pasadas.*

Luego volvió al barco, sin que nadie sospechase su intervención en el crimen.

Más tarde, tío Amós se empeñó en examinar los asuntos confiados a la custodia de Harry y éste, considerándose perdido, no vió otro remedio que hacer desaparecer igualmente a aquel hombre, disparando varios tiros contra él.

El indígena de mirada obstusa, había descubierto al momento, pero nada tenía que ver con el crimen.

Y en cuanto a la intervención de los demás personajes, quedaba por completo aclarada.

Brale había dado unos cigarrillos corsos a Egan y cuando éste fué aquella noche a visitar a Daniel, fumó de ellos, y ésta fué la causa de haber encontrado allí aquel residuo.

Sabedor Eagan de la enemistad que separaba a Brule de Daniel, y conceder también de que éste se había apoderado en otro tiempo de unos documentos y joyas que no eran suyos, había querido sacar dinero a Daniel, amenazándole con descubrir la verdad a Brule, y Daniel accedió, temeroso, aquella misma noche del crimen, extendiendo un cheque a su favor.

En cuanto a Tina, era del todo inocente, habiéndose limitado a devolver el broche aquella misma noche del crimen.

Aclarados, pues, los hechos, se disolvió la reunión, y Harry pagó en prisión para toda la vida sus dos crímenes.

Poco a poco el tiempo fué calmando el inmenso dolor de la pobre Mary traicionada.

En cuanto a Elena, se casó con John Quincy, olvidando en su felicidad las desventuras pasadas.

Y el detective Chan continuó en la ciudad, siempre dispuesto a la persecución de toda deliniente y contento de aquel nuevo éxito obtenido, por el cual tía Minerva le regaló un magnífico automóvil que vino a sustituir al desvencijado coche con que antes efectuaba sus empresas. Ahora en su soberbio vehículo conducía a su numerosa familia con verdadero orgullo por las calles de la gran ciudad.

## FIN

### Números publicados:

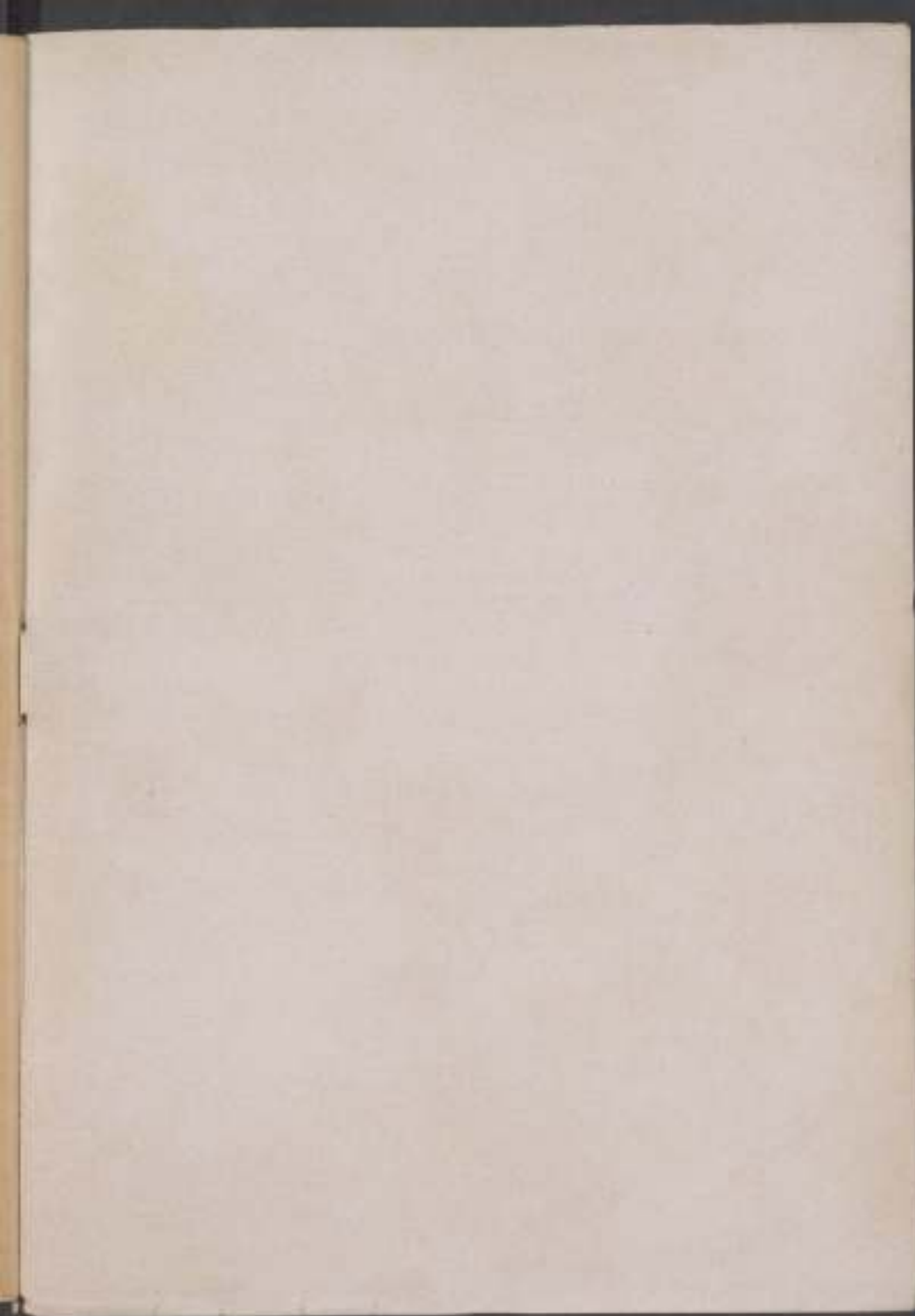
VIDA AZAROSA, por George O'Brien. — EL HOMBRE DE ARIZONA, por Rex Bell. — DELIRIOS DEL TRÓPICO, por Jack Holt. — AGUILA BLANCA, por Buck Jones. — CON TARZÁN ME BASTO, por Ken Maynard. — LA SENDA DEL DIAMANTE, por Rex Bell. — EL DORADO OESTE, por Al Hoxie. — REPÓRTER DETECTIVE, por Rex Bell.

---

Distribución para España: Sociedad General Española de Librería-Barbará, 16-Barcelona

---

*Imprenta Industrial, Aribon, 133, Teléfono 76307, Barcelona.*



— Las mejores novelas cinematográficas las publica  
**EDICIONES BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis

**BARCELONA**

**PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:**

**Caballistas del Oeste**

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15 cts.**

**Cowboys y Detectives**

Novelas emocionantes completas. Precio: **15 cts.**

**EL FILM DE HOY**

Asuntos seleccionados con una postal regalo. **30 cts.**

**AVENTURAS FILM**

(Colección completa que consta de 27 números)

Los mejores caballistas. Precio: **15 céntimos.**

**La Novela Cinematográfica del Hogar**

(Colección completa de 192 números)

Inmejorables producciones con postal regalo. **30 cts.**

**LOS MEJORES FILMS**

Películas de categoría. Precio: **50 céntimos.**

**Éxitos Cinematográficos**

Asuntos de gran relieve. Precio: **50 céntimos.**

**Y LAS SELECTAS**

**EDICIONES ESPECIALES**

Las más destacadas superproducciones. **1 peseta**

Exija siempre

**EDICIONES BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona